

**CURSO DE FORMACION  
TEOLOGICA EVANGELICA**

Volumen XI-2

**MINISTROS DE  
JESUCRISTO**

**(Pastoral)**

## **ESTE CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA :**

- I. INTRODUCCION A LA TEOLOGIA**  
Por J. Grau
- II. UN DIOS EN TRES PERSONAS**  
Por F. Lacueva
- III. EL HOMBRE: SU GRANDEZA Y SU MISERIA**  
Por F. Lacueva
- IV. LA PERSONA Y LA OBRA DE JESUCRISTO**  
Por F. Lacueva (en preparación)
- V. DOCTRINAS DE LA GRACIA**  
Por F. Lacueva
- VI. LA IGLESIA, CUERPO DE CRISTO**  
Por F. Lacueva
- VII. ESCATOLOGIA: FINAL DE LOS TIEMPOS**  
Por J. Grau
- VIII. CATALICISMO ROMANO**  
Por F. Lacueva
- IX. HISTORIA DE LA IGLESIA**  
Por J. Grau (en preparación)
- X. ETICA CRISTIANA**  
Por F. Lacueva
- XI. MINISTROS DE JESUCRISTO (en 2 tomos)**  
**Tomo 1: MINISTERIO Y HOMILETICA**  
**Tomo 2: PASTORAL**  
(Manual para pastores, misioneros y predicadores),  
por J. M. Martínez

**PUBLICADO BAJO LOS AUSPICIOS DE LA  
«MISION EVANGELICA BAUTISTA EN ESPAÑA»**

# **CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA**

---

Volumen XI-2  
**MINISTROS DE  
JESUCRISTO**  
(Pastoral)

por  
José M. Martínez



Libros CLIE  
Galvani, 113  
08224 TERRASSA (Barcelona)

MINISTROS DE JESUCRISTO (PASTORAL)

© 1977 por José M. Martínez

Reservados todos los derechos  
Pueden ser impresos fragmentos citando el autor y  
el libros de procedencia

Depósito Legal: B-35109-2005  
ISBN 84-7228-330-5

Printed by Publidisa

*Printed in Spain*

# INDICE

## TERCERA PARTE EL MINISTERIO PASTORAL

### Sección A: Cura de almas

CAP. XVI. <i>Concepto bíblico del pastorado</i> . . . . .	9
CAP. XVII. <i>Psicología y pastoral</i> . . . . .	24
CAP. XVIII. <i>El pastor como consejero</i> . . . . .	38
CAP. XIX. <i>Problemas de fe</i> . . . . .	52
CAP. XX. <i>Sentimientos de culpa</i> . . . . .	62
CAP. XXI. <i>Experiencias de tribulación</i> . . . . .	78
CAP. XXII. <i>Problemas conyugales</i> . . . . .	90
CAP. XXIII. <i>La problemática de la juventud</i> . . . . .	106
CAP. XXIV. <i>Problemas en relación con la iglesia.</i>	118
CAP. XXV. <i>La disciplina</i> . . . . .	131

### Sección B: El pastor como dirigente

CAP. XXVI. <i>La autoridad pastoral</i> . . . . .	142
CAP. XXVII. <i>La organización en la iglesia</i> . . . . .	151

CAP. XXVIII. <i>La función directiva</i> . . . . .	160
CAP. XXIX. <i>Las relaciones humanas en la gestión directiva</i> . . . . .	171
CAP. XXX. <i>Reuniones administrativas</i> . . . . .	178
CAP. XXXI. <i>La dirección del culto</i> . . . . .	186
CAP. XXXII. <i>La iglesia local y la evangelización.</i>	197
CAP. XXXIII. <i>La enseñanza</i> . . . . .	210
CAP. XXXIV. <i>Comunión y servicio</i> . . . . .	221
EPÍLOGO . . . . .	235
SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA . . . . .	241

**Tercera parte**  
**EL MINISTERIO PASTORAL**

Sección A  
**Cura de almas**

## CAPÍTULO XVI

### CONCEPTO BIBLICO DEL PASTORADO

#### **Necesidad del ministerio pastoral**

La predicación, como hemos visto, es una actividad importantísima. Pero resulta insuficiente para lograr plenamente los fines del ministerio. Por inspirada que sea, no pasa de ser un monólogo, con todas las limitaciones que este tipo de comunicación lleva aparejadas. Al final del mejor de los sermones, siempre quedan preguntas sin contestar, dudas sin desvanecer, problemas sin resolver. Nada digamos de la inoperancia de la predicación cuando la persona que oye se encuentra, a causa de prejuicios, preocupaciones o sentimientos negativos, impermeabilizada a las palabras del predicador. En este caso el fruto del púlpito es nulo. Pero lo que no se consigue mediante veinte discursos puede lograrse muchas veces por medio de una conversación.

Desligada del contacto directo con los oyentes, la predicación puede incluso convertirse en mero ejercicio intelectual carente de calor humano, de identificación con el pueblo y, por consiguiente, ineficaz para la mayoría del auditorio. Falta la receptividad producida por la comunión entre orador y oyentes. En tal caso, podría reproducirse el comentario que en cierta ocasión se hizo de un ministro cristiano: «Durante seis días de la semana es invisible, y el domingo, incomprensible.»



Por otro lado, aun los mensajes recibidos con la mejor disposición espiritual no siempre resultan fáciles de poner en práctica. La idiosincrasia y las circunstancias de cada persona pueden bloquear sus buenos deseos. Por eso las enseñanzas generales impartidas a través de la predicación deben ser complementadas y aplicadas de modo particular según la situación de cada oyente. Podría decirse que lo que el predicador siembra desde el púlpito debe regarlo con sus contactos pastorales.

El apóstol Pablo comprendió lo inseparable de estas dos formas de servicio. La maestría con que combinó ambas es, sin duda, el secreto del éxito que Dios le concedió en lugares como Tesalónica (I Tes. 2:11) y Efeso (Hec. 20:20).

En los primeros siglos de la Iglesia, se dio gran importancia a la labor pastoral. Ignacio de Antioquía se distinguió por el conocimiento que tenía de los miembros de la iglesia. Cipriano de Cartago exhorta a la diligencia con objeto de evitar que, por el descuido, perezcan las ovejas de Cristo (1).

También en los días de la Reforma se atribuyó especial valor a esta faceta del ministerio. Calvino da testimonio de la abundante cosecha espiritual recogida en Ginebra como resultado de la obra sistemática de visitación hecha por los ancianos para tratar de modo íntimo con los miembros de la iglesia sus problemas espirituales.

Las ventajas de esta obra no son exclusivas de las «ovejas». También el pastor se beneficia de ella. En contacto con su pueblo, aumentará su bagaje de conocimientos relativos a la naturaleza humana, a los anhelos, inquietudes, necesidades, luchas de quienes le rodean, lo que le enriquecerá con ideas y experiencias utilísimas.

### **El pastor a la luz de la Escritura**

En el Antiguo Testamento se presenta repetidas veces a Dios como el pastor, guía y protector de Israel (Sal. 23:1-4;

---

1. Epíst. LXVIII.

28:9; 74:1; 78:52 y ss.; 80:1; 95:7; 100:3; Is. 40:11; Jer. 23:3; 31:10; 50:19; Ez. 34:11-22; Miq. 4:6-8). También se usa la figura para designar a los dirigentes políticos del pueblo, quienes, en su mayoría, cumplieron mal su misión (II Sam. 7:7; Is. 56:10; Jer. 2:8; 3:15; 10:21; 22:22; 23:1-4; 25:34-36; 50:6; Ez. 34:2-10; Zac. 10:3; 11:5, 15-17). El estudio de todos estos pasajes es muy iluminador y todo ministro haría bien en meditarlos detenidamente.

En el Nuevo Testamento, como era de esperar, es Jesús mismo el primero en apropiarse la metáfora con objeto de ilustrar su misión en el mundo y la relación que le uniría a sus redimidos. El es «el buen Pastor» (Jn. 10:11, 14). El adjetivo que se usa en el original griego es *kalos*, que expresa no sólo la idea de bondad, sino también la de hermosura. «Es una imagen espléndida que irradia un resplandor de belleza celestial» (M. Pfliegler). Otros textos dan relieve a esta imagen (Mt. 15:24; 18:12-14; Mc. 6:34; Luc. 12:32; 15:3-7) que, evidentemente, impresionó a los apóstoles. Pedro da a Cristo los títulos de «Pastor y Obispo de vuestras almas» (I Ped. 2:25) y «Príncipe de los pastores» (I Ped. 5:4). El autor de la carta a los Hebreos ve, asimismo, en El al «gran Pastor de las ovejas» (Heb. 13:20). En efecto, la más exquisita dedicación pastoral caracterizó el ministerio público del Salvador, lo que hizo de El Señor y ejemplo de los pastores que a lo largo de los siglos habrían de dirigir la Iglesia. «Sólo en la medida en que vemos la obra pastoral de Cristo mismo como parte del conjunto de su obra redentora podemos comprender rectamente la primacía de su propia labor pastoral, así como el carácter y alcance del ministerio pastoral de la Iglesia. La Iglesia no tiene función pastoral propia; si hay cristianos que son llamados a ser pastores, son únicamente subpastores. Del mismo modo que sólo hay un Sumo Sacerdote, así hay sólo un Buen Pastor. Sin embargo, pertenecer a la Iglesia de Cristo equivale a estar comprometidos en su obra sacerdotal y pastoral. Es única-

mente en este sentido como podemos hablar de «pastores cristianos» (2).

Cristo mismo enfatizó este significado de la pastoría en su Iglesia cuando encomendó a Pedro —en el momento de su restauración— el cuidado de su rebaño (Jn. 21:15-17. «Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas.» No eran los corderos y ovejas de Pedro o del colegio apostólico. Eran la grey del Señor.

La importancia del ministerio pastoral resalta tanto en los Hechos como en las Epístolas. Pronto en la Iglesia de Jerusalén aparecen los ancianos en estrecha colaboración con los apóstoles (Hec. 11:30; 15:2). Pablo y Bernabé constituyeron ancianos en cada una de las iglesias fundadas en su primer viaje misionero (Hec. 14:23). El carácter eminentemente pastoral del ministerio de los ancianos se advierte en el mensaje dirigido por el apóstol Pablo a los de Éfeso (Hec. 20:17, 28). Es precisamente en su carta a los Efesios donde Pablo, en un enfoque teológico del ministerio, sitúa a los pastores (con funciones también de maestros) junto a los apóstoles, profetas y evangelistas (Ef. 4:11). En sus cartas pastorales da especial atención a los requisitos de los ancianos (obispos o pastores, términos los tres sinónimos), a su trabajo y a sus relaciones con la iglesia (I y II Tim. y Tito). De modo resumido, Pedro subraya igualmente la obra de pastoreo a que deben dedicarse los ancianos, con los que él mismo se identifica (I Ped. 5:1-3). Todos estos pasajes nos muestran la gran solicitud que los dirigentes de las iglesias locales deben tener en la cura de almas.

### **Responsabilidades pastorales**

Nos son sugeridas por la riqueza de la metáfora bíblica que nos ocupa y confirmadas por la enseñanza de la Escritura. Veamos las más importantes:

---

2. Frederick Greeves, *Theology and the Cure of Souls*, p. 9.

### *Provisión de alimento espiritual*

Los «pastos delicados» (Salm. 23:2) deben ser puestos al alcance de las ovejas, lo que equivale a decir que la grey del Señor debe ser instruida en su Palabra (I Tim. 3:16, 17; I Ped. 1:23-2:3). Tal es la finalidad de la predicación; pero también la de los contactos personales (Hec. 8:35; 18:26; I Tes. 2:11, 12). Los problemas más graves de algunas iglesias se deben a la desnutrición espiritual que debilita a sus miembros y los expone a errores, actitudes carnales, debilidades y extravíos de todas clases. Un creyente bien alimentado espiritualmente tendrá y creará, por lo general, menos dificultades que el que carece del necesario sustento de la Palabra. Además, la oveja satisfecha, difícilmente codicia prados extraños.

### *Protección*

En lenguaje incomparable, expone el Señor este aspecto del trabajo pastoril (Jn. 10:10-15). El encargo solemne que hizo Pablo a los ancianos de Efeso es igualmente impresionante (Hec. 20:28-30). El pastor, mediante su enseñanza bíblica y su ejemplo, debe proteger a sus hermanos de los falsos profetas —incluso los que surgen del seno de la propia Iglesia—, de las corrientes de pensamiento y formas de vida de cada época contrarias al Evangelio, de las influencias secularizantes del mundo, de todo precursor del anticristo (I Tim. 4:1-6; II Tim. 3; I Jn. 2:18-20; 4:1-6; Jud. 3-4).

En la práctica, la protección se extenderá más allá de lo doctrinal. Atenderá a los problemas íntimos de cada persona, a sus dudas, conflictos morales, debilidades, traumas, etcétera, que pudieran amenazar su integridad espiritual. Y cuando una oveja ha sufrido alguna herida, el pastor se esmerará en curarla. Ese es el propósito de Dios (Ez. 34:16).

### *Dirección*

A semejanza de Cristo (Jn. 10:3,4), el pastor fiel conduce a sus ovejas. Esta tarea es delicada. No puede llevarse

a cabo por la fuerza; el pastor no «arrastra» a sus ovejas; simplemente las «saca» (*exagei auta* —literalmente, guía o conduce afuera, del aprisco a los pastos). El éxito en esta misión tiene un secreto: el pastor «va delante» del rebaño (Jn. 10:4). La dirección de sus pasos determina la de las ovejas. No puede esperarse que éstas lleguen muy lejos si el pastor se queda atrás. Pocas cosas influyen tanto en la buena marcha de una iglesia como el ejemplo de sus líderes. Por eso exhorta Pedro a los ancianos a que sean modelos de la grey (I Ped. 5:3).

Con el estímulo de este ejemplo, el pueblo del Señor debe ser guiado, según las orientaciones de la Palabra de Dios, a través de las dificultades, tentaciones, tribulaciones y también de las oportunidades de servicio que encuentra a diario en su peregrinar cristiano.

### *Corrección*

Todavía hoy, las piedras y el perro prestan un gran servicio al pastor cuando una oveja tiende a rezagarse o extrañarse. En las cartas de los apóstoles abundan las admoniciones e incluso reprensiones severas. Pablo tuvo que consumir gran parte de su tiempo y de sus energías subsanando errores y rectificando formas de conducta contrarias al verdadero cristianismo. Recuérdense sus cartas a las iglesias de Galacia, Corinto y Colosas. Y en sus consejos de orientación pastoral dados a Timoteo y Tito, insiste en la necesidad de corregir todo lo torcido (I Tim. 1:3; 5:20; 6:17; II Tim. 2:14; 4:2; Tito 1:5, 13). Hay una tolerancia mal entendida que más bien es infidelidad al Evangelio.

Esto no excluye la necesidad de que, en las acciones correctivas, se obre con comprensión y mansedumbre (I Tim. 2:24, 25).

### *Consolación*

Por cada vez que el pastor tenga que corregir, se verá diez veces en la necesidad de consolar. En el zurrón pastoril nunca debe faltar el aceite suavizador. Cuando el Espíritu

de Dios está sobre uno de sus siervos, el ministerio es acción en favor de los abatidos, de los quebrantados de corazón, de los cautivos, de los enlutados, de los afligidos, a quienes debe suministrarse el óleo de gozo contenido en el mensaje evangélico (Is. 61:1-3).

Dios mismo, el gran Pastor de Israel, prorrumpe en exclamaciones consolatorias cuando su pueblo, después del cautiverio babilónico, inicia una nueva era de su historia (Is. 40:1). Jesucristo, con sus numerosos milagros de amor, infundió aliento a innumerables seres humanos. El Espíritu Santo es el *Parákletos* (persona llamada para estar al lado de otra a fin de ayudarla) (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7). La traducción de este término en la versión de Reina-Valera por: «Consolador» no es del todo afortunada; pero subraya una de las acciones que el Espíritu Santo realiza en el creyente. Y los apóstoles, guiados por el Espíritu, fueron grandes consoladores. El ejemplo de Pablo descuello de modo inspirador (Hec. 16:40; II Cor. 1:4-7; 2:7; Ef. 6:22; Col. 4:8; I Tes. 2:11; 3:2; 5:14).

La eficacia pastoral no se mide tanto por la ortodoxia o por el celo desplegados en el trabajo como por el aliento impartido a cada creyente para proseguir su vida cristiana con fuerzas renovadas.

### *Restauración*

El pastor cristiano debe tener la misma preocupación que su Señor por las ovejas perdidas que están lejos del redil (Luc. 15:4-4; 19:10 y Jn. 10:16). Ha de sentir el anhelo de alcanzar con el Evangelio a los inconversos. Pero debe velar con pasión no menor por los que ya pertenecen a la grey. Sucede a menudo que pastores e iglesias concentran sus esfuerzos en actividades evangelísticas con objeto de ganar almas; pero casi tan pronto como éstas se han convertido, quedan prácticamente sin la atención y cuidado que necesitan. En muchos casos, el recién convertido ha de enfrentarse con conflictos que exceden a su capacidad espiri-

tual; y sucumbe o se limita simplemente a vegetar en la experiencia cristiana. Esto puede acontecer también en creyentes más formados, incluso años después de su conversión, ante el embate de contrariedades o a causa de un debilitamiento de la fe. En cualquier caso, no debiera faltar el cuidado pastoral. También sobre este punto, el capítulo 34 de Ezequiel (en especial el versículo 16) nos ofrece importantes lecciones.

La obra de restauración debe iniciarse tan pronto como se ve una anomalía importante en la vida del creyente. No conviene esperar al enfriamiento total. Entonces puede ser demasiado tarde. Cuando se observa que la fe de un hermano decae, que va abandonando sus responsabilidades en la iglesia, espaciando su asistencia a los cultos o adoptando sistemáticamente actitudes negativas; cuando los intereses temporales desplazan peligrosamente a los intereses espirituales en la escala de prioridades; cuando algún problema moral no resuelto le tortura; cuando se intuyen dificultades serias en su vida íntima o familiar, es hora de proceder a un acercamiento fraternal con objeto de ayudar a tal hermano y restaurarlo a una vida de plenitud espiritual.

### **Características del pastor**

Las básicas son las expuestas ya en la primera parte de esta obra. Sin embargo, hay algunas cualidades especiales que deben distinguir al ministro en su actividad pastoral.

#### *Conocimiento personal de la grey*

«Yo conozco mis ovejas», dijo Jesús (Jn. 10:14). Y las conoce individualmente, las «llama por su nombre» (Jn. 10:3). El sabe bien lo que hay en cada ser humano (Jn. 2:25). Por eso su acción pastoral se ajusta a la necesidad particular de cada persona. Las palabras y el modo de obrar de Jesús con Natanael, con la samaritana, con Leví o con Zaqueo fueron determinados por el conocimiento que Jesús

tenía de cada uno de ellos. Lo mismo puede decirse de su obra de enseñanza entre los apóstoles.

El pastor ha de conocer a los miembros de su iglesia lo más íntimamente posible, por difícil que esto sea, sobre todo en iglesias grandes. Ha de conocer el temperamento de cada miembro, lo más importante de su vida, su estado de salud, sus circunstancias familiares, las características de su situación laboral, su experiencia espiritual, tanto en sus aspectos positivos como en los negativos.

Al conocimiento debe unirse el reconocimiento, el respeto y la aceptación de cada persona con todas sus peculiaridades, con sus virtudes y defectos. Cada una ha de ser de valor inestimable a ojos del pastor, pues ha sido —y es— objeto de la gracia de Dios. Cada una ha de poder percatarse de que es tenida en cuenta y amada. Idealmente, todo creyente habría de poder ver en el pastor una ilustración, aunque pálida e imperfecta, de Cristo, de quien Pablo dice con la intensidad emotiva de una relación personal: «Me amó y se dio a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

La importancia de este punto no podrá enfatizarse nunca desmesuradamente. Y menos en nuestros días en que las corrientes sociológicas tienden a despersonalizar al hombre. En una época de masificación creciente en que el individuo es engullido por la colectividad, prácticamente anulado por estructuras socioeconómicas deshumanizadas y valorado sólo por lo que produce, el pastor tiene que ser muy consciente del valor de cada persona en sí. Sería fatal que viera en la iglesia una empresa y en sus miembros meros productos espirituales o elementos de producción. El pastor trabaja con hombres y éstos deben ser el objeto de su atención personal y de su afecto. Ellos mismos son el fin de su obra (Col. 1:28, 29), no un medio más o menos mecánico para montar un tinglado eclesíástico.

Toda persona se da pronto cuenta y suele responder positivamente cuando es objeto de interés y afecto, cuando alguien se preocupa sinceramente de ella y de sus circunstan-



cias. El pastor que comprende este hecho y actúa consecuentemente está en condiciones de hacer una gran obra; el que lo ignora difícilmente verá grandes resultados de su labor.

### *Simpatía*

Cuando nuestros hermanos viven horas de tensión, de soledad, de amargura, de frustración, nada les hará tanto bien como la presencia de alguien que se acerque a ellos con el sentir compasivo que hubo en Cristo Jesús. La identificación con sus hermanos ha de ser distintivo del ministro. «¿Quién enferma y yo no enfermo?», preguntaba Pablo con vehemencia (II Cor. 11:29).

Aun en los casos en que se haga necesaria la reprensión o la condenación de un pecado determinado, no puede faltar la caridad. Dos razones obligan a ello. En primer lugar, el hecho de que también el ministro tiene sus propios defectos (I Cor. 10:12; Gál. 6:1). En días del Antiguo Testamento, el sumo sacerdote debía distinguirse por su magnanimidad: «Que se muestre paciente con los ignorantes y debilitados, puesto que él también está rodeado de debilidad» (Heb. 5:2). En segundo lugar, porque tanto la naturaleza como la conducta humana, complejÍsimas, sufren las consecuencias nefastas del pecado. Y el pecado, siempre reprochable, debe siempre despertar en nosotros un amor profundo hacia el pecador. Este es el sentimiento de nuestro Padre celestial, a quien debemos imitar (Ef. 5:1, 2).

En la medida en que amamos, ahondamos en el conocimiento de nuestros semejantes. Como escribió Nikolai Berdiaiev, «no conocemos el último secreto, la última profundidad del corazón humano; esto se revela sólo al que ama» (3).

### *Sencillez*

El pastor ha de apropiarse las palabras de Jesús: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt.

---

3. *Von der Bestimmung des Menschen*, 1935, p. 150.

11:29). Sin menoscabo de su dignidad, que debe conservar en todo momento; sin concesiones a una excesiva familiaridad, el ministro ha de mostrarse siempre sencillo y asequible. En el momento en que, consciente o inconscientemente, se sitúa por encima de sus hermanos con aires de superioridad, está cerrando la puerta de acceso a sus corazones. Si da la impresión —falsa por lo general— de que vive en un plano espiritual muy elevado en el que sólo cosecha victorias y experiencias inefables en comunión con Dios, en vez de estimularlos, probablemente los desanimará. El creyente que se ve zarandeado por mil tentaciones, que duda o fluctúa, que tropieza una y otra vez, se sentirá muy lejos del «santo» varón de Dios y tendrá la impresión de que no va a poder ni entenderle ni ayudarle. Ya antes de iniciar el contacto personal, se siente juzgado, humillado y rechazado.

El ministro de Jesucristo ha de tener una idea muy clara de que la comunión de los santos es comunión de pecadores, entre los cuales se encuentra él mismo. Cuanto más evidente se haga esta realidad, más fácil resultará la comunicación entre él y sus hermanos y más fructífera será su labor de cura de almas.

### *Tacto*

Cada persona debe ser tratada conforme a su situación concreta. El médico no puede prescribir el mismo tratamiento para todos sus enfermos. Tampoco Cristo, el gran Médico espiritual, trató del mismo modo a todos los que entraron en relación personal con El. Su conversación con la samaritana fue muy diferente de la que sostuvo con Nicodemo. Con Zaqueo no obró como en el caso del ciego de nacimiento, ni habló a Leví como al joven rico. A cada uno dijo y dio lo que necesitaba, siempre sobre la base de un conocimiento admirable de cada persona y su situación. Y en todos los casos, con un derroche de delicadeza. Sus palabras podían causar gozo y tristeza, pero nunca —si se exceptúan sus diatribas contra escribas y fariseos— fueron hirientes;

nunca revelaron reacciones incontroladas o falta de conocimiento, sino el tino de una sabiduría y un amor sin límites.

Salvando las distancias entre su perfección absoluta y nuestras limitaciones, hemos de tomarlo como ejemplo en nuestros contactos personales con los demás.

### *Discreción*

Es de lógica elemental que el pastor haya de mantenerse fiel a la confianza que en él depositan sus hermanos. Aunque en el ministerio evangélico no existe la confesión auricular, no son pocas las personas que abren de par en par su corazón ante su guía espiritual, a quien hacen confidente de sus mayores intimidades. Le hacen auténticas confesiones, cuyo secreto no se puede divulgar, a menos que el ministro quiera destruir su prestigio e influencia juntamente con el bienestar de la iglesia. Si en la Escritura se condena la chismografía de algunas mujeres (I Tim. 5:12, 13), ¿cuánto más no habrá de reprobarse la indiscreción de un líder cristiano?

### *Imparcialidad*

Con tono extraordinariamente enfático, aconsejó Pablo a Timoteo que se abstuviera de la parcialidad (I Tim. 5:21). Desoír este mandamiento es dar cita a los peores problemas que puedan plantearse en una iglesia.

Una congregación cristiana suele ser un conjunto sumamente heterogéneo de personas. Las hay ricas, pobres, cultas, analfabetas, delicadas, vulgares, afables, descorteses, positivas, negativas, estimuladoras, deprimentes. Es muy fácil que el pastor se sienta más a gusto relacionándose con los miembros con quienes más se identifica. Pero debe sacrificar sus predilecciones personales y velar para que nadie pueda acusarle justamente de favoritismo, tanto en sus contactos como en la distribución de lugares de servicio dentro de la iglesia o en la resolución de los litigios que puedan surgir entre los miembros.

## Dimensiones de la obra pastoral

Aunque se hallan implícitas en lo que ya llevamos expuesto, conviene destacarlas, con algunas observaciones prácticas, como conclusión de este capítulo.

### *Su amplitud*

Debe extenderse a toda la iglesia. Ningún miembro ha de quedar excluido (Hec. 20:26; Rom. 1:7, 8; Fil. 1:4, 7; Col. 1:28; I Tes. 1:2).

Este principio resulta, sin embargo, difícil de aplicar cuando la iglesia tiene un elevado número de miembros. A partir de los cien, ya es prácticamente imposible que una sola persona pueda atender pastoralmente a toda la congregación. La solución bíblica es la pluralidad de ancianos. Y aun esta solución puede completarse con la colaboración de hermanos fieles debidamente preparados para realizar este tipo de trabajo (4).

De este modo puede llegarse a la meta ideal de que no haya ni un solo miembro de la iglesia que no reciba la atención espiritual que necesita. Los casos más delicados pueden ser tratados por los dirigentes más aptos. El consejo de Jetro a Moisés para atender adecuadamente al pueblo de Israel (Ex. 18:13-26) es una buena pauta.

### *Su duración*

La acción pastoral no puede limitarse temporalmente. Muchas veces no basta una conversación para solucionar un

---

4. «En la Iglesia primitiva, todos practicaban la cura de almas. Cada cristiano sentía preocupación por los demás. Compartía las dificultades del hermano y estaba a su lado en los momentos de necesidad. Procuraba, mediante el consuelo, la exhortación, la instrucción y el consejo, ordenar la vida espiritual en relación con Dios y con el prójimo. En esta labor se buscaba, sobre todo, actualizar la salvación y la curación.» (Walter Wanner, *Signale aus der Tiefe, Tiefenpsychologie und Glaube*, Brunnen Verlag, p. 14.)

problema; son necesarias varias. Cuando se ha resuelto una cuestión, al cabo de un tiempo surge otra. Mientras permanece el creyente en el mundo, está expuesto a dificultades de modo constante, por lo que la cura de almas es una ocupación permanente. Pablo, después de tres años en Efeso absorbido en una labor intensísima de pastoreo, no podía considerar que aquella obra estuviese acabada; por eso exhorta a los ancianos de la iglesia a que la continúen fielmente (Hec. 20:28, 31).

A veces sucede que los esfuerzos en el pastoreo parecen estériles o poco fructíferos. Hay quienes por su edad en la fe habrían de ser creyentes maduros y, sin embargo, no han salido de su infantilismo espiritual (Heb. 5:12). Pablo escribía a los Gálatas: «Vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 4:19). Esto puede producir cierto desánimo en el siervo del Señor. La torpeza de sus hermanos puede entorpecer sus manos en el trabajo. Henry Martin confesó que a veces era «probado con un disgusto pecaminoso por su obra pastoral» y que frecuentemente se sentía «como una piedra hablando a piedras». Cuando esto acontezca, conviene mirar al Siervo de Dios por excelencia, el cual «no se cansa ni desmaya», aunque su ministerio se desarrolle entre cañas cascadas y pábilos humeantes (Is. 42:3,4).

### *Su profundidad*

No basta conocer superficialmente las situaciones diversas en que nuestros hermanos gozan o sufren, triunfan o son derrotados. Conviene calar hondo en la naturaleza de sus experiencias, en las causas, en su contextura recóndita. Para ello es imprescindible un mínimo de conocimiento de la estructura anímica del ser humano y de las fuerzas que actúan en su comportamiento. De este punto nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Pero anticipemos que cualquier «inmersión» en las profundidades espirituales de nuestros semejantes debe efectuarse con el equipo de la Palabra de Dios y la asistencia del Espíritu Santo.